

Entrada á la villa de Becerril.

ESCENA VIII.

LA REINA, DON ALONSO, DON PEDRO.

REINA.

Ya gozaré con descanso
Lo que mi quietud desea:
El sosiego de la aldea,
Su trato sencillo y manso,
Las verdades que en palacio
Por tanto precio se venden,
Las palabras que no ofenden,
La vida que aquí despacio
Con tiempo á la muerte avisa,
El quieto y seguro sueño,
Que en la córte es tan pequeño,
Como su vida de prisa.
No sé cómo encareceros
El contento que recibo
De ver que ya libre vivo
De engañosos lisonjeros,
De aquel encantado infierno,
Adonde la confusion
Entretiene la ambicion
Con el disfraz del gobierno.
¡Gracias á Dios que he salido
De aquel laberinto extraño,
Donde la traicion y engaño,
Trocando el traje y vestido
Con la verdad desterrada
Vende el vidrio por cristal!
¡Oh carga del trono real,
Del ignorante adorada!
La alegre vida confieso
Que sin tí segura gozo.

Fernando, que es hombre y mozo
Podrá sustentar tu peso ;
Que no poca hazaña ha sido,
Siendo yo flaca y mujer,
El no haberme hecho caer
Diez años que te he traído.

DON ALONSO.

Los requiebros amorosos
Con que vuestra Majestad
Celebra la soledad
Sin temores ambiciosos,
Son muestras de la virtud
Que en su cristiandad emplea.

DON PEDRO.

No hay medicina que sea
Más conforme á la salud
Que la simple, porque daña
Nuestra vida la compuesta ;
Y si en la córte molesta
No se estima quien no engaña,
Y vive la compostura
A costa de la lealtad ;
Aquí la simplicidad
Más la salud asegura.
Mil años su estado firme
Goce, y su quietud sencilla.

ESCENA IX.

BERROCAL, *con vara de alcalde* ; TORBISCO, GARROTE, NISIRO, CRISTINA, ALDEANOS.—DICHOS.

REINA.

Los vecinos de mi villa

Han salido á recibirme.
(*Hablan los aldeanos entre sí á un lado del teatro.*)

TORBISCO.

¿Sabréis decille el arenga
Que os encomendó el concejo?

BERROCAL.

Entre la carne y pellejo
Del calletre hago que venga:
Como no se quede allá,
Vos veréis cuál la rempujo,
Si una vez la desborujo.

GARROTE.

Aquí la reinesa está:
No hay, Berrocal, son echallo.

BERROCAL.

Dios vaya conmigo, amén.
Pero, aho, ¿no será bien,
Si la he de habrar, repasallo?

CRISTINA.

Agora es descortesía.

TORBISCO.

¿Antes que empuje el sermon
El fraile, no suele, Anton,
Pasalle en la sacrestía?
Hed cuenta que estoy allá.

NISIRO.

Vaya pues.

TORBISCO.

Atento espero.

BERROCAL.

Escupo, pues, lo primero.

(*Escupe.*)

¿No he escupido bien?

CRISTINA.

¡Verá!

¿Pues qué habilencia es aquesa?

BERROCAL.

¿Pensais vos que no es trabajo

Saber echar un gargajo

Delante de una reinesa?

Ori bien, empiezo así:

«El Cura y el Regidero.....»

No, ell Alcalde va primero,

Y es bien espenzar por mí.

«Yo ell alcalde Berrocal,

Y Cristina de Sigura.....»

Mas llevar de zaga al cura,

Que es creργο, parece mal.

«El cura Miguel Brunete,

Que se pica de estordiante.....»

Mas tampoco han de ir delante

Cuatro esquinas de un bonete.

TORBISCO.

Alcalde, acabemos ya,

Que esperan.

BERROCAL.

¡Válganos Dios!

Mas vámosla á habrar los dos;

Que yo lo compondré allá.

(*Lléganse á la Reina.*)

«Señora : el Cura y Alcalde.....»

Digo : « ell Alcalde y el cura »,
Que aunque ir delante percura,
Par Dios que trabaja en balde,
« Y el concejo del lugar..... »
Pero soy un majadero ;
Que habia de escupir primero.
Escupo y vuelvo á empezar.

(*Escupe.*)

« El Cura , que es nigromante ,
Y los ñublados conjura..... »
¡ Válgate el diablo por cura !
¡ Qué amigo que es de ir delante !
« El Cura y yo Berrocal ,
Alcalde , despues de Dios..... »
El Cura y yo somos dos ;
« Pero Gordo , y Gil Costal ,
Juan Pabros , y Anton Centeno..... »
Mas Juan Pabros ya murió ;
Que una correnca le dió ,
Y era el vecino más bueno
Que tuvo en Castilla el Rey :
Murióse como un jilguero ,
Porque se merendó entero
Un menudillo de un buey.
El cielo dejaba raso ,
Si á nublo subia á tañer ;
Quedó viuda su mujer
Crespa ; mas vamos al caso.
« Digo , pues , que cada uno ,
Y todos mancomunados ,
En *sollidum* concertados ,
Sin que discrepe ninguno ,
Habemos salido aposta
Del lugar de Becerril
Con la gaita y tamboril..... »

Lo que toca á la langosta,
Mos afrige á cada paso.

GARROTE. (*Ap. al Alcalde.*)

Pues eso ¿qué tien que ver?

BERROCAL.

Hérselo todo saber
¿No es bien? Mas vamos al caso.
«Como á vivir viene aquí
Su Maldad.....»

NISIRO. (*Ap. al Alcalde.*)

Su Majestad

Bestia, dí.

CRISTINA. (*Ap.*)

¡Qué necedad!

BERROCAL.

«Su Majestad, bestia, dí,
Dalla el parabien percura;
Y ansina la sale á honrar.....»
No hay reloj en el lugar;
Pero el albéitar nos cura;
Y aunque por Gila me abraso,
La vez que habralla me llego,
Me dice: «jó, que te estriego.»
Pero en fin, vamos al caso.
«Mándemos su Jamestá;
Que hella mercé es mueso gusto,
Y siendo reinesa, es justo
C' agamos su voluntá.»

REINA.

La que el lugar me ha mostrado,
Estimo como es razon,
Y más de la comision

Que á vos, Alcalde, os ha dado,
Que habeis estado elocuente.
La vara os doy de por vida.

BERROCAL.

Aquesta ya está podrida,
Démela por otras veinte (1);
Que soy en las fiestas loco,
Y como hay muchachos malos
Quiébrolos á puros palos,
Y así pueden durar poco;
Y una vara de por vida,
¿Qué vale, quebrándose hoy?

REINA.

Por vuestra vida os la doy.

BERROCAL.

Eso, bien. Lléguese y pida
Josticia, si sentenciar
En el concejo me ve,
Que por hacella mercé,
Yo la mandaré ahorcar.

(*Vanse los aldeanos.*)

ESCENA X.

DON JUAN, DON NUÑO, DON ÁLVARO.—LA REINA, DON ALONSO, DON PEDRO.

DON ÁLVARO. (*Hablando aparte con el Infante, al salir.*)

La Reina está aquí y tambien

(1) Berrocal pronuncia *viente*: así consueña este verso con el primero de la redondilla.

Los Caravajales.

DON JUAN.

Tengo

A dicha el tiempo á que vengo.
(*Llegándose á la Reina y los Caravajales.*)
Los dos á prision se den.

DON ALONSO.

¿Nosotros? ¿Por qué ocasion?

DON JUAN.

¡Bueno es que ocasion pidais,
Desleales, cuando estais
Iniciados de traicion!

DON PEDRO.

Si no estuviera delante
La Reina nuestra señora,
Pudiera un mentis agora
Daros la respuesta, Infante.

DON JUAN.

¡Oh villanos! brevemente
Vuestros castigos darán
Muestras de quién sois.

REINA.

Don Juan,

¿Sabeis que estoy yo presente?
¿Sabeis que la Reina soy?
¿Cómo llegais indiscreto
A prender, sin más respeto,
Ninguno donde yo estoy?

DON JUAN.

Cumplo, señora, mi oficio.

REINA.

Cuando yo á enojarme llegue.....

DON JUAN.

Vuestra Alteza se sosiegue;
Que esto es todo en su servicio.

REINA.

¡En mi servicio prender
Los que me sirven á mí!

DON JUAN.

El Rey lo ha mandado así.

REINA.

Si él lo manda, obedeced
Como vasallos leales,
Que tiene el lugar de Dios:
Mostrad en esto los dos
Quién son los Caravajales.
Y si lo mismo procura
Hacer de mí, la cabeza
Le ofreceré.

DON JUAN.

Vuestra Alteza
Tampoco está muy segura:
Harto hará en mirar por sí.

DON ALONSO.

Al nombre, señora, real,
Es cera el acero leal:
Los nuestros están aquí.

(Dan las armas.)

Tomadlos, pues se atropella
Así el valor que ofendeis;
Que por más que los mireis,
No hallaréis en ellos mella

De deslealtad ni traicion,
Aunque no pocas sacaron
Cuando al Rey os allanaron
Con mis deudos en Leon.

(*Con ironía.*)

Pero así su poder muestra
Que poca falta le harán
Nuestras espadas, Don Juan,
Donde estuviere la vuestra,
Siempre en serville empleada.

DON PEDRO. (*Con ironía.*)

Sí; que la fama pregona
Que vos contra su corona
Jamás sacastes la espada,
Ni las traiciones y engaños
Os han formado proceso,
Puesto que estuviste preso,
Aunque sin culpa, diez años.

DON JUAN.

No quedára satisfecho
Mi agravio, si no os quitára
Con mis manos y arrancára
La cruz del villano pecho,

(*Arráncale la cruz.*)

Que indecentemente estaba
En tan infame lugar,
Usando con ella honrar
A sus nobles Calatrava,
No cobardes corazones.

(*A Don Nuño y Don Alvaro.*)

Tomadlos los dos allá.

DON PEDRO.

¡Oh! ¡qué bien parecerá

La cruz entre dos ladrones!
Aunque una cosa condeno
Cuando á los dos os igualo,
Que allá sólo hubo uno malo;
Pero aquí ninguno hay bueno.

DON ÁLVARO.

Un hombre por traidor preso,
No injuria ni quita honor.

DON NUÑO.

De Márτος comendador
Os hizo algun frágil seso;
Mas ántes que os hagan cuartos,
Para que Castilla entienda
Que es Márτος vuestra encomienda,
Os despeñáran de Márτος,
Y poblaréis cadahalsos
Infames.

DON PEDRO.

Poco valieran
Si con vos lo mismo hicieran;
Que no pasan cuartos falsos.

DON JUAN.

A Santorcaz los llevad.

*(Don Nuño y Don Álvaro se llevan á Don
Alonso y Don Pedro.)*

ESCENA XI.

LA REINA, DON JUAN.

REINA.

Como á la real obediencia
Se sujeta mi paciencia,
No os parezca novedad,

Don Juan, no favorecer
A quien tan bien me sirvió,
Porque nunca bien mandó
Quien no supo obedecer.
Mas el que es ministro real,
Cuando algun culpado prende,
Con la vara sólo ofende,
Que con la lengua hace mal.
El juez prudente castiga
Cuando el cargo que vos cobra,
Y atormentado con la obra,
Con las palabras obliga.
Poco mi respeto os debe.

DON JUAN.

Cuando sepais que estos dos,
Gran Señora, contra vos
Han usado el trato aleve
Que ignorais, no juzgaréis
Mi rigor por demasiado.

REINA.

¿Contra mí? Experimentado
Tengo, como vos sabeis,
Don Juan, en no pocos años,
Aunque es fácil la mujer,
Lo poco que hay que creer
En testimonios y engaños.
Yo los conozco mejor;
Mas como el mundo anda tal,
No vive más el leal
De lo que quiere el traidor.

DON JUAN.

En prueba, Señora, deso,
Porque sepais cuán leales

Os son los Caravajales,
Y si el Rey mal los ha preso,
Advertid que han dicho al Rey
Que la ambicion de mandar
Os obliga á conspirar
Contra el amor y la ley
Que á vuestro Rey y Señor
Debeis ; tanto, que usurpado
Teneis á su real Estado
Treinta cuentos ; que el amor
Que teneis al de Aragon,
Le fuerza, si os da la mano,
A entregalle en ella llano
A Castilla y á Leon ;
Y otras cosas que no cuento,
Pues por indignas de oillas,
No sólo no oso decillas,
Mas de pensallas me afrento.
El Rey, fácil de creer,
Contándole lo que pasa
Testigos de vuestra casa,
Manda que os venga á prender,
Despues de tomaros cuentas
Del tiempo que gobernado
Habeis su reino, y cobrado
De su corona las rentas.
No quise que cometiese
A otro el venir sino á mí,
Que serviros prometí,
Porque no se os atreviese ;
Y como aquí los hallé,
No me sufrió el corazon
Pasar por tan gran traicion,
Y así prendellos mandé.

REINA.

Que el Rey forme de mí quejas,
Y ponerme en prision mande,
No me espanto, miéntras ande
La lisonja á sus orejas.
Mas ¡ que los Caravajales
Tal traicion contra mí digan!...
Por más, Don Juan, que persigan
Su valor los desleales,
No saldrán con la demanda.
Vuestro cargo ejercitad;
Prendedme, cuentas tomad,
Y haced lo que el Rey os manda

DON JUAN.

Yo, gran Señora, juré
De serviros y ayudaros,
Y lo que os debo pagaros
Con lealtad, amor y fe.
El infante Don Enrique
Y otros caballeros sienten
Que traidores os afrenten,
Y el Rey esto os notifique;
Para lo cual hemos hecho
Pleito homenaje de estar
De vuestra parte, y pasar
Cualquier peligroso estrecho
Por vos, si darme la mano
De esposa teneis por bien,
Y el reino quitar tambien
A un hijo tan inhumano,
Que á dos traidores socorre,
Y el sér olvida que os debe,
Pues á prenderos se atreve.
Riesgo vuestra vida corre:

Si permitís ser mi esposa,
Gozando el reino otra vez,
El llanto, luto y viudez
Trocaís en vida amorosa.
En este papel confirman
Esto cuatro ricos hombres,
Cuyo poder, sangre y nombres
Conoceréis, pues lo firman,
Que son Don Enrique, yo
Con Don Alvaro, y tambien
Don Nuño : si os está bien,
Mi amor justa paga halló.

REINA. (*Tomando el papel.*)

Guardaréle para indicio
De vuestra lealtad y ley,
Y verá por él el Rey
A quién tiene en su servicio...

(*Métele en la manga, y luego saca otro y lo rompe.*)

Aunque pegarme podría
La deslealtad que hay en él;
Que si es malo, de un papel
Se ha de huir la compañía.
Rasgalle es mejor consejo;
Que para vuestros castigos,
Es bien aumentar testigos,
Y será quebrado espejo,
Que en la parte más pequeña;
Como en la mayor, la cara
Retrata que en él repara;
Mas si en pedazos enseña
Las vuestras, viéndose en él,
Como son tantas, Don Juan,
Retratallas no podrán

Las piezas dese papel.
Tomad las cuentas , primero
Que me prendais , de la renta
Real , y alcanzadme de cuenta ,
Si podeis ; pero no espero
Que en eso me deis cuidado,
Pues vos mismo sois testigo
Que en tres que hicistes conmigo,
Siempre quedastes cargado.
Pero esperadme , que en breve
Las que pedis os daré,
Porque el Rey seguro esté,
Y sepa quién á quién debe. (Vase.)

DON JUAN.

¡ Que callar me haga así
El valor desta mujer !

ESCENA XII.

EL REY, DON MELENDO.—DON JUAN.

REY.

Diffícil es de creer
Que conspire contra mí
Mi misma madre , Melendo ;
Pero es mujer : ¿ qué me espanta ?

DON MELENDO.

La Reina , señor , es santa.

REY.

Ver por mis ojos pretendo
La verdad que temo en duda.

DON JUAN.

¡ Rey y señor ! ¿ Vuestra Alteza
Aquí ?

REY.

La poca certeza
Que tengo, manda que acuda
En persona á averiguar
La verdad destes sucesos.

DON JUAN.

Ya están los hermanos presos
Que el reino os quieren quitar,
Y la Reina, temerosa
De veros con ella airado,
Connigo se ha declarado,
Y promete ser mi esposa,
Si en su favor contra vos
Estos reinos alboroto,
Y hago que sigan mi voto
Los grandes.

REY.

¡Válgame Dios!
¿Mi madre?

DON JUAN.

No guarda ley
La ambicion que desvanece.
Vuestra corona me ofrece;
Mas yo no estimo ser rey
Por medios tan desleales.
De rodillas me ha pedido
Que, á su llanto enternecido,
Suelte á los Caravajales,
Y que me vaya á Aragon
Con ella; que desde allá
Con sus armas entrará
A coronarme en Leon;
Y si resiste Castilla,

Irá despues contra ella.
Prendedla, señor, sin vella,
Porque si venis á oilla,
Yo sé que os ha de engañar;
Que, en fin, siendo madre vuestra,
Mozo vos, y ella tan diestra,
Más crédito habeis de dar
Que á mí, á su fingido llanto.

REY.

Esa no es razon ni ley.

ESCENA XIII.

LA REINA.—EL REY, DON JUAN, DON
MELENDO.

DON MELENDO.

Aquí, Señora, está el Rey.

DON JUAN. (*Ap.*)

De mis traiciones me espanto.

REINA.

Huélgome que haya venido,
Hijo y señor, vuestra Alteza
A averiguar testimonios,
Que hace gigantes la ausencia.
Su mucha cordura alabo,
Porque en negocios de cuentas
Y de honras, suele un cero
Dañar mucho si se yerra;
Y si como cortan plumas
Las unas, cortáran lenguas
Las otras, yo sé que entrambas
Salieran, Fernando, buenas.
Mandado habeis á Don Juan
Que á tomar la razon venga

De vuestro real patrimonio :
Viéndolo vos , soy contenta ,
Que aunque deberos me imputan ,
Privados que os lisonjean ,
Treinta cuentos , serán cuentos
De mentiras , no de hacienda .
Pero yo admito sus cargos :
Sumad , Don Juan , en presencia
Del Rey gastos y recibos ,
Porque sus alcances vea .—
Cuando de tres años solos
Quedó del Rey la inocencia
Y este reino á cargo mio ,
Primeramente en la guerra
Que vos , Infante , le hicistes ,
Levantándole la tierra ,
Llamándôs Rey de Castilla
Y enarbolando banderas ,
Gasté , Infante , quince cuentos ,
Hasta que en la fortaleza
De Leon , preso por mí ,
Peligró vuestra cabeza .
Redújeos á mi servicio ,
Y haciéndôs mercedes nuevas ,
Murmuraron los leales ,
Que veros pagar quisieran
Vuestra traicion con la vida ;
Y para enfrenar sus lenguas
Con el oro , que enmudece ,
Les dí tres , que no debiera .
Item : en edificar
En Valladolid las Huelgas ,
Donde en continúa oracion
A Dios sus monjas pidieran
Que de vos al Rey librase ,

Y las trazas deshiciera
De vuestro pecho ambicioso
En mi agravio y en su ofensa,
Veinte cuentos. Item más :
Cuando por estar su Alteza
Enfermo quisistes darle
Veneno (ya se os acuerda)
Por medio del vil hebreo
Que entónces médico era
Del Rey, en una bebida,
Testigo de la fe vuestra ;
En hacimiento de gracias,
Misas, procesiones, fiestas,
Seis cuentos, que repartí
En hospitales y iglesias.
Aunque pudiera contar
Otras partidas inmensas,
En que por servir al Rey
Vendí mis joyas y tierras,
Como todo el reino sabe.
Sólo os sumo, Don Juan, éstas,
Que no las negaréis, pues
Teneis tanta parte en ellas.
Sólo no he de dejar una,
Porque el Rey que os honra, sepa
Cuán codicioso usurpé
En Castilla sus riquezas.
A un mercader de Segovia,
Para pagar las fronteras
De Aragon y Portugal,
Empeñé mis tocas mismas,
En prueba de vuestra fe
Que no tuvistes vergüenza
De ver, contra el real respeto,
Sin tocas á vuestra Reina.

Premié al mercader leal;
Quitéle mis nobles prendas,
Que los traidores agravian,
Y los leales respetan.
Si estos descargos no bastan,
No hay cosa en mí que no sea
Del Rey mi señor y hijo:
Entrad en casa; que en ella
No hallaréis más de este vaso,

(Sácalo de la manga.)

Que en prueba de mi inocencia,
Y en fe de vuestras traiciones,
Mi noble lealtad conserva.
Pero daréle también,
Aunque en vos riesgo corriera;
Que en vasos sois sospechoso,
Y es bien que dároslo tema.
Ya me parece que basta
Esto en materia de cuentas;
En materia de mi honor,
Para no seros molesta,
Aquí he escrito mis descargos:
Vuestra Majestad los lea,

(Dale un papel.)

Y conozca por sus firmas
En quién su privanza emplea.

REY.

¡Válgame el cielo! aquí dice
Que como mi madre ofrezca
La mano á Don Juan, de esposa,
Juntando Estados y fuerzas
Con Don Enrique, Don Nuño
Y otros, haciéndome guerra,

Me quitarán á Castilla
Para coronarla en ella.

REINA.

Para asegurar traidores,
Fingí romper esa letra,
Y la guardé para vos,
Otra rasgando por ella.

REY.

Don Juan, ¿es vuestra esta firma?

DON JUAN.

Sí, gran señor.

REY.

Pues en estas

A los demas desleales
Conozco. Si la prudencia
Que tanto celebra España,
Gran señora, en vuestra Alteza,
Mi confusion no animára;
Por no estar en su presencia,
De mí sin causa ofendida,
Sospecho que me muriera.

(*Tocan dentro cajas.*)

Pero ¿qué alboroto es este?

ESCENA XIV.

DON DIEGO, DON ALONSO Y DON PEDRO, *armados*.—DICHOS.

DON DIEGO.

Deme los piés vuestra Alteza,
Que huelgo de hallarle aquí.

REY.

Pues ¡Don Diego! ¿vos de guerra?

DON DIEGO.

Donde privan desleales,
Que en agravio de su Reina,
Vuestra verde edad engañan,
Armado es razon que venga.
A Don Alvaro y Don Nuño
Quité la más leal presa
De vuestros reinos, Señor,
Y los prendí en lugar della.
A los dos Caravajales,
Indignos de tal violencia,
Llevaban á Santorcaz:
No creí que vuestra Alteza
Pudiera mandar tal cosa,
Y así, viniendo en defensa
De la Reina, los libré,
Por constarme su inocencia.

REY.

Habeisme en eso servido.
A mi amor y gracia vuelvan,
Que si engaños me indignaron,
Mercedes les haré nuevas.

DON ALONSO.

Mil siglos el reino goces.
(Tocan dentro cajas.)

ESCENA XV.

BENAVIDES.—DICHOS.

BENAVIDES.

Que un criado, señor, vuelva
Por su señora, corriendo
Su honra por cuenta vuestra,
No se tendrá á desacato;

Y así digo que el que lengua
Pone en su fama...

REINA.

Ya estoy
De vos, Don Juan, satisfecha;
Que sois, en fin, Benavides,
Y los traidores que intentan
Ofenderme, convencidos.
(*Tocan dentro cajas.*)

ESCENA XVI.

BERROCAL, TORBISCO, GARROTE,
ALDEANOS.—DICHOS.

BERROCAL.

¡A nuesa ama llevar presa!
Arre allá. ¿Soy ó no alcalde?

TORBISCO.

Que está aquí el Rey.

BERROCAL.

El Rey venga

A la cárcel.

GORROTE.

¿Estais loco?

BERROCAL.

Poniéndole una cadena,
Sabrá quién es Berrocal.—
Daos á prision.

REY.

Todos muestran,
Señora, el amor que os tienen.
Don Diego, haced que se prendan
Don Enrique y los demas.

DON PEDRO.

El temor, sin alas vuela:
A Aragon los tres huyeron
Del rigor de vuestra Alteza.

REY.

Haced, madre, de Don Juan
Lo que quisiéredes.

REINA.

Sepa
España que soy clemente,
Y que el valor no se venga.
Destiérrolo destes reinos,
Y sus Estados y hacienda
En los dos Caravajales
(Hijo, con vuestra licencia)
Y en Benavides reparto.

DON DIEGO.

Merécelo su nobleza.

REY.

Dignamente en su lealtad
Cualquiera merced se emplea;
Y vuestra Alteza, señora,
Con su vida ilustre enseña
Que hay mujeres en España
Con valor y con prudencia.

DON DIEGO.

De *Los dos Caravajales*
Con la segunda comedia
TIRSO, senado, os convida,
Si ha sido á vuestro gusto ésta.

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

En Madrid vivian pocos tiempos há tres mujeres hermosas, discretas y casadas; la primera con el cajero de un caudaloso ginoves, en cuyo servicio ocupado siempre, tenía lugar de asistir en su casa solamente los mediodias á comer y las noches á dormir; la segunda tenía por marido á un pintor de nombre, que en fe del crédito de sus pinceles, trabajaba más habia de un mes en el retablo de un monasterio de los más insignes de aquella córte, sin permitirle sus tareas más tiempo que al primero, pues las fiestas que daban treguas á sus estudios eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa de este ejercicio comunica á sus profesores; y la tercera padecia los celos y años de su marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupacion que la de martirizar á la pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios les rentaban lo suficiente para pasar, y con la labor de la afligida mujer, con mediana comodidad la vida.

Eran todas tres muy amigas, por haber ántes vivido en una misma casa, aunque ahora habitaban barrios no poco distantes; y por el consiguiente, los maridos profesá-

ban la amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban á visitar á la mujer del celoso; porque á la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas; y ellos los dias de fiesta, ó en la comedia, ó en la esgrima, ó en el juego de argolla, andaban de ordinario juntos.

Un dia, pues, que estaban las tres amigas en casa del celoso, contándoles ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendencies que le costaba el dia que salia á misa, que con ser al amanecer y en su compañía, aún de las puntas del manto, porque le llegaba á la cara, tenía celos; y ellas, compadeciéndose de sus persecuciones, la consolaban; habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el dia de San Blas, que se acercaba, salir al sol y á ver al Rey, que se decia iba á Nuestra Señora de Atocha aquella tarde; y por ser en dia de juéves de compadres, llevar con qué celebrar en una huerta allí cercana la solemnidad de la fiesta; que, aunque no está en el Calendario, se solemniza mejor que las de Pascua, habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del celoso necio se hallase en ella.

Cumplióse el plazo y la merienda; despues de la cual, asentadas ellas al sol, que le hacia apacible, oyendo muchas quejas de la mal maridada, y ellos jugando á los bolos en otra parte de la misma huerta, sucedió que, reparando en una cosa que relucia en un montoncillo de basura á un rincon della, dijese la mujer del celoso: «¡Válgame Dios!

¿Qué será aquello que brilla tanto?» Miráronla las dos, y dijo la del cajero: «Ya podría ser joya que se le hubiese perdido aquí á alguna de las muchas damas que se entretienen en aquesta huerta semejantes dias.» Acudió solícita á examinar lo que era la pintura, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso, y tan fino, que á los reflejos del sol parece que se transformaban en él.

Acodiéronse las tres amigas al interes que prometia tan rico hallazgo, y alegando cada cual en su derecho, afirmaban que le pertenecia de justicia el anillo. La primera decia que, habiéndolo sido en verle, tenía más accion que las demas á poseerle; la segunda afirmaba que, adivinando ella lo que fué, no habia razon de usurpársele; y la tercera replicaba á todas que, siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecia ser solamente señora de lo que le costó más trabajo que á las demas.

Pasaron tan adelante esta porfía, que viniendo á noticia de sus maridos, pudiera ser ocasionára en ellos alguna pendencia sobre la accion que pretendia cada una dellas, si la del pintor, que era más cuerda, no las dijera: «Señoras, la piedra, por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse: el venderla es lo más seguro, y dividir el precio entre todas ántes que venga á noticia de nuestros dueños y nos priven de su interes, ó sobre su posesion riñan, y sea esta sortija la manzana de la discordia. Pero ¿quién de nosotras será

su fiel depositaria, sin que las demas se agravien, ó haya segura confianza de quien se tiene por legítima poseedora desta pieza? Allí está paseándose con otros caballeros el Conde mi vecino; comprometamos en él, llamándole aparte, nuestras diferéncias, y pasemos todas por lo que sentenciáre.—Soy contenta, dijo la cajera; que ya le conozco, y fio de su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito.—Y yo y todo, respondió la mal casada; pero ¿cómo me atreveré á informarle de mi injusticia, estando á vista de mi escrupuloso viejo, siendo el Conde mozo y ciertos los celos, con el juego de manos tras ellos?»

En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando, diciendo que pasaba el Rey por la puerta, salieron corriendo los maridos entre la demas gente á verle; y aprovechándose ellas de la ocasion, llamaron al Conde y le propusieron el caso, pidiéndole la resolucion dél ántes que sus maridos volviesen y el más celoso llevase qué reñir á casa; y pusiéronle la sortija en la mano, para que él la diese á quien juzgase merecerla.

Era el Conde de sutil entendimiento, y con la cortedad del término que le daban, respondió: «Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva á quitársela á las demas; pero pues habeis comprometido en mi, digo que sentencio y fallo que cada cual de vosotras dentro del término de mes y medio haga una burla á su marido (como no toque

en su honra); y á la que en ella se mostráre más ingeniosa se le ofrecerá el diamante, y más cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entre tanto depositario dél. Y porque vuelven vuestros dueños, manos á la labor, y adios.

Fuése el Conde, cuya satisfaccion abonó la seguridad de la joya, y su codicia les persuadió á cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos; y porque ya la cortedad del dia daba muestras de recogerse, lo hicieron todos á sus casas, revolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embelecocos para estudiar por ellos uno que la sacase victoriosa en la agudeza y posesion del ocasionador diamante.

El deseo del interes, tan poderoso en las mujeres, que la primera por el de una manzana dió en tierra con lo más precioso de nuestra naturaleza, pudo tanto en la del codicioso cajero, que habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo á su marido la que sigue:

Vivia en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figura los sucesos de las casas ajenas, cuando quizá en la propia miéntras él consultaba efemérides, su mujer formaba otras, que, criándose á su costa, le llamaban padre. Este, pues, tenía conocimiento en la de un vecino contador, y deseos no tan lícitos cuanto disimulados de ser su ayudante en la fábrica del matrimonio. Habia la astuta cajera caládole los pensamientos; y aunque por ser ella tan estimadora de su honra cuanto el amante entra-

do en días, se los rechazaba, quiso en la necesidad presente valerse de la ocasion y aprovecharse de sus estudios; para lo cual, mostrándosele ménos intratable que otras veces, le dijo que para cierto fin ridículo con que queria regocijar aquellas Carnestolendas, le importaba hiciese creer á su marido que dentro de veinte y cuatro horas pasaria desta vida á dar cuenta á Dios de la que hasta entónces habia él tan mal empleado,

Prometióselo, contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretension; y miéntras ella, llamando al pintor amigo, y celoso necio. concertó con ellos lo que habian de hacer para colorear este disparate, persuadiéndolos que era para regocijarse con semejante burla en días tan ocasionados para ellas, haciéndose el astrólogo encontradizo con el ignorante cajero, que, cansado de pagar letras, se venía á acostar, le dijo: «Mal color traeis, vecino: ¿sentís alguna mala disposicion en vos?—Gracias al cielo, le respondió, si no es el enfado de haber contado hoy más de seis mil reales en vellon, no me he sentido más bueno en mi vida.—La color, á lo ménos, replicó el astrólogo no conforma con vuestra satisfaccion: dadme acá ese pulso.» Diósele turbado el ignorante cajero; y arqueando las cejas con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador le dijo: «Vecino mio, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestiales sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos. Para estas ocasio-

nes son los amigos; no lo fuera vuestro, si no os avisára de lo que os conviene y ménos cuidado os da: disponed de vuestra hacienda y casa, ó lo que importa más, de vuestra alma; porque yo os digo por cosa infalible que mañana á estas horas habréis experimentado en la otra vida cuánto mejor os hubiera estado el haber tenido más estrechas cuentas con vuestra conciencia que con los libros de caja de vuestro dueño.» Entre turbado y burlon le respondió el moscatel: «Si ese juicio que haceis sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicisteis, todo al revés de como sucedieron sus temperamentos, más larga vida me prometo de lo que yo imaginaba.» «Ahora bien, replicó el astrólogo, yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo: haced vos lo que mejor os estuviere, que yo sé que no llevaréis queja de mí al otro mundo de que no os lo avisé pudiendo»; y dejándole con la palabra en la boca, echó á grande priesa por la calle arriba.

Turbado y confuso guió á su casa el amenazado cajero, tentándose por el camino los pulsos y más partes de donde podia temer algun asalto repentino y mortal; pero hallándolo todo en su debida disposicion, y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose dél y medio temeroso, entró en su casa, y sin decir nada á su esposa, por no darle pena, pidió de cenar, que le trujo ella muy diligente, habiendo conjeturado de sus acciones que ya se habia dado principio á aquel stratagemá.

Comió poco y mal; y diciendo le hiciesen la cama, se comenzó á desnudar, suspirando de cuando en cuando. Preguntóle lo que tenía, fingiendo sentimientos amorosos, la codiciosa burladora, á que satisfizo fingiendo disgustos con el ginoves, que le habian desazonado. Consolóle ella lo mejor que supo; acostáronse, y fué aún ménos el sueño que la cena, notando ella, aunque fingia dormir, cuán buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus deseos. Madrugó más de lo ordinario, algo descolorido; y acudiendo á su ejercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel día, que no pudo ir á comer á su casa, dándole en la del ginoves su amo.

Al anochecer, cuando se tornaba á su posada, estaban á la esquina de una calle por donde forzosamente habia de pasar, el teniente de su parroquia y otro clérigo, con dos ó tres hombres prevenidos por el pintor á instancia de la cajera, diciendo cuando llegaba cerca dellos, fingiendo no verle y de modo que pudiese oirlos: «Lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lúcas Moreno» (que así se llamaba el escuchante). «Lastimosa, respondió el otro clérigo, pues sin sacramentos ni otra prevencion cristiana le hallaron muerto en su cama esta mañana, estando su mujer, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañía.» «Lo peor es, dijo otro del corrillo, que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer, y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que de su oficio

traen entre manos, se dejó morir como una bestia.» «Dios tenga misericordia de su alma, replicó el cuarto, que es de quien podemos tener compasion; que la viuda con dote queda de lo que quizá él ganó mal, con que asegurar el matrimonio.» «Y vámonos á acostar, que hace mucho frio.»

Iba el pobre Lúcas Moreno á satisfacerse dellos y saber si habia otro de su nombre que se hubiese muerto aquel dia; pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se fueron todos, dejándole con la turbacion que bien claramente se puede imaginar.

Caminó confuso adelante, y en una calle ántes de la suya halló al astrólogo hablando con el pintor, que en viéndole venir dijo (como que proseguian la plática de su muerte): «No quiso creerme á mí cuando ayer le dije que se habia de morir dentro de veinte y cuatro horas: hacen burla los ignorantes mentecatos de lo evidencia de la astrología: tómese lo que le vino; que yo sé que ésta es la hora en que está bien arrepentido de no haberme dado crédito.» Respondió el pintor: «Era notablemente cabezudo el malogrado de Lúcas Moreno, y no poco gloton: debió de comer alguna fiambre ginovesa y daríale alguna apoplejía; Dios le tenga en su gloria y consuele á su afligida mujer; que cierto que hemos perdido un buen amigo.»

No pudo sufrirlo el confuso cajero; y llegando á ellos, les dijo: «Señores, ¿qué es esto? ¿Quién me hace las honras en vida, ó tomando mi forma, se ha muerto por mí? Que yo bueno me siento, gracias á Dios.»

Echaron á huir entónces todos, fingiendo espantosos asombros y diciendo á voces: «¡Jesus sea conmigo! ¡Jesus mil veces! El alma de Lúcas Moreno anda en pena; alguna restitucion pide que hagamos de su hacienda, por la que debe de haber mal ganado. Conjúrote de parte de Dios, ánima cristiana, que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres », dejándole con esto á pique de sacarlos verdaderos, segun el sobresalto que le causó tan apoyada mentira.

Prosiguó medio desmayado y sin pulsos hasta cerca de su casa, y junto á ella vió al amigo celoso, que fingia salir della y le estaba esperando para acabar de desatinarle. Hizosele encontradizo, y al emparejar con él, volvió dos pasos atras, y haciéndose mil cruces, dijo: « Animas benditas del purgatorio, ¿ es ilusion la que veo ó es Lúcas Moreno difunto? » « Lucas Moreno soy; pero no esotro, amigo Santillana, dijo el asombrado mentecato: ¿ de qué os santiguais? ¿ ó cuándo me he muerto yo para hacer tantos aspa-vientos? » Asíóle entónces de la capa porque no huyese, y él, dejándosela en las manos, se fué dando gritos, santiguándose y diciendo: « Abrenuncio, espíritu maligno; no debo á Lúcas Moreno sino seis reales que me ganó á los bolos el otro dia; pero *quod non ponitur non solvitur*: si vienes por ellos, vende esa capa, que no quiero trabacuentas con gente del otro mundo. »

Fuése huyendo con esto, quedando nuestro Moreno tan pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra. « Alto, no hay más, yo

debo de haberme muerto (decia entre sí muchas veces); Dios debe enviarme á esta vida en espíritu para que disponga de mi hacienda y haga testamento; pero ¡válgame Dios! si me morí de repente, ¿cómo no vi á la hora postrera al demonio, ni me han llamado á juicio, ni puedo dar señal alguna del otro mundo? Y si soy alma, y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿cómo estoy vestido, veo y toco, y uso de los sentidos corporales? ¿Si he resucitado? Pero si fuera así, ¿no hubiera visto ú oído algun ángel que de parte de Dios me lo mandara? Mas ¿qué sé yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de mi primera carne, y no sea costumbre allá hablar con escribanos; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de ménos valer tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo es que todos huyen de mí y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos, y segun esto, debe de ser verdad; pero si dicen que el más amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no la he sentido ni me ha dolido nada? Las muertes repentinas deben de entrarse sin duda por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio; pero ¿si será por ventura alguna burla de mis amigos? Que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta ahora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspavientos ni se asombra de verme sino ellos. ¡Válgate Dios por muerte, que veniste á poca costa!»

Haciendo estos discursos desvariados llegó á su casa, y hallándola cerrada, llamó con

golpes recios: la noche entraba muy fria y oscura, y ya la cavilosa mujer estaba prevenida de lo que habia de hacer y avisada de todo cuanto hasta allí habia pasado. Tenía sola una criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí con un recaudo fingido á dos mancebos que vivian en ella, que servian de hacerle las cobranzas de caja. La moza era tan gran bellaca como su señora; y en oyendo llamar, respondió con una muy quebrantada y lastimosa voz:— ¿Quién está ahí?—Abreme, Casilda (respondió el difunto vivo), ábreme, que soy yo.— ¿Quién llama, replicó, á esta hora en esta triste casa, donde solo vive el sentimiento, la tristeza y la viudez?—Acaba ya, necia, volvió á decir, que soy tu señor; ¿no me conoces? Abreme aprisa, que llovizna y hace más frio del que permite este lugar.— ¿Mi señor? (replicó ella). ¡Pluguiera á Dios que lo fuera! Ya le pudre la tierra; ya está en parte donde, por lo que sabía de cuentas, le habrán hecho cajero mayor del infierno; que allí todas se pagan á letra vista, si Dios no ha tenido misericordia de su ánima.»

No pudo entónces, impaciente, sufrir tantas verificaciones de su muerte; y así, dando un puntapié al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la aldaba, le abrió, huyendo la criada y dando las voces de los demas que por la calle habia encontrado. A los gritos de la criada salió la mujer en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada; y en viéndole se cayó desmayada, diciendo: ¡Jesus, qué veo! Faltó poco para no

hacer lo mismo el asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer habia visto, la llevó en brazos á la cama, desnudándola y echándola en ella; que aunque lo sentia todo, se daba por medio difunta. La moza se cerró en otro aposento, disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenía. En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comian ó no los del otro mundo, abrió un escritorio, y dió tras una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova, que ayudó á pasar con los empellones de una bota, cuya alma le habia infundido la Membrilla, pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella.

Dióse tan buena maña nuestro Lúcas Moreno en fortalecer su corazon, desfallecido con el cordial remedio, que cogiéndole algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndosele el licor de Noé, si no á las barbas, á la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose á zancadillas, y acostándose al lado de la que todavía disimulaba su desmayo y se tragaba la risa, con poca resistencia de ella, que reventaba por salir. En fin, él se acostó entre desmayado y lo otro, embistiendo el sueño con aceros vinosos; que no hay tal jarabe de adormideras como el que se saca de un lagar. El durmió hasta la mañana, soñando infiernos, purgatorios y glorias, y entre tanto vinieron los burlones amigos á informarse de la criada

de lo que pasaba, y celebrando la buena elección que el difunto había hecho de haberse amortajado por de dentro de piés á cabeza con las telas que teje Baco.

Amaneció, y viendo la cautelosa cajera que todavía estaba durmiendo su marido, se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el monjil viudo y las hipócritas tocas: compuso la cara de fiesta, y volviendo á la cama, despertó al aparente finado, diciéndole: «¿Hasta cuándo habeis de dormir, marido mio? ¿Aun no se han digerido los humos con que anoche os acostasteis?» Estremecióle los brazos, tirándole de las narices, con que dando bostezos volvió en sí; y viendo á su mujer tan compuesta, la casa de regocijo y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo, dijo: «Polonia, ¿adónde estoy? ¿Haste tú tambien muerto como yo, y en fe del amor que me tenías en el siglo, y te he sacado dél, vienes á celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad ó como salí de la otra vida? Que vive Dios (si en ésta se puede jurar) que no sé cómo me he muerto ni á qué partes me ha echado el cielo. ¿Hay camas y aposentos acá? ¿Véndese vino y bizcochos? ¿Qué arriero me trujo á mi escritorio, que yo anoche saqué dél provision bastante á consolar la soledad que sin tí sentia por estos países no conocidos?— Buen humor, respondió la astuta fisgona, crian en vos, marido mio, las Carnestolendas. ¿Qué chilindrinas son esas? Acabad, levantaos; que ha enviado á llamaros el ginovés dos veces.—¿Luégo no estoy

muerto ni me enterraron ayer? replicó él.— En vos á lo ménos (respondió entónces ella) debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, segun está de macilenta, pues decís esos disparates. — Si las almas se entierran, Polonia de mi vida (volvió á decir), es verdad que anoche las hice las honras; pero ya yo lo estaba en la parroquia, lastimado el teniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda y enlutada vos.— Acabad ahora de ensartar chanzas, replicó ella; que os llama nuestro ginoves.— ¿Luégo tambien los hay acá? preguntó él. No debo yo estar en carrera de salvacion, pues puedo ir donde habitan cambios y se hospedan trampistas.

—Dejémonos de pullas, dijo Polonia, y levantáos de ahí; que parece que hablais de véras, y estais echando bernardinias.—Mujer, por nuestro Señor, respondió Lucas Moreno, que há veinte y cuatro horas que estoy muerto y no sé cuántas enterrado: preguntádselo á Casilda, al teniente cura de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, á Santillana el celoso, al astrólogo nuestro vecino, y á vos misma, viuda anoche y enlutada, y ahora, á lo que imagino, muerta como yo; que si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulsos ni aliento á la cama, y os debió de costar el espanto de verme la vida, y sin saber cómo, de la suerte que yo estais en ésta y no lo acabais de creer.— ¿Qué tropelias son éstas. marido mio? dijo la fingida turbada. ¿Anoche no nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos ú otros mundos son éstos? Casilda, llámame al astrólogo nuestro

vecino, que tambien es médico, y nos dirá lo que le ha dado á mi buen Lúcas Moreno; que estas mujercillas con quien trata le deben de haber trastornado el seso.» No sabía qué se decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto ó vivo, ni la mujer podia sacarle de que ora espíritu que volvía á poner órden en su hacienda.

En esto entraron los dos ayudantes de la burla; y ella refiriendo lo que pasaba, le afirmaron (no sin reirse) de que estaba no sólo en este mundo, pero en Madrid y en su casa; y que si duraba todavía en su tema, pararia en la del Nuncio.

Vino luégo el astrólogo, llamado de la criada, y le afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenian barrenado el cerebro; con lo cual él, ya consolado de que vivia, y airado de que lo tuviesen por loco, les dijo: Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huisteis de mí, haciéndoos más cruces que tiene una procesion de penitentes?— ¿Vos me visteis á mí? dijo el astrólogo.— Sí, ayer estuve con vos, dijo Lúcas.— ¿Cómo puede eso ser, replicó, si estuve todo el dia metido en casa y encerrado en mi estudio, levantando figura sobre el descubrimiento de unos ladrones que han hurtado una joya de diamantes?— Yo á lo ménos, dijo el pintor, no he salido del monasterio donde trabajo hasta las once de la noche.— Pues yo, acudió el viejo, tampoco vi ayer la calle, porque estuve despachando un propio á la montaña, mi tierra.

—Peor está que estaba (dijo el casi loco de véras): vos, señor vecino, ¿no me dijisteis ántes de ayer por la noche que, segun la mala color, los índices del pulso y pronóstico de vuestras figuras, habia de morirme dentro de veinte y cuatro horas? — ¿Yo? replicó él; pues há más de cuatro dias que no nos vemos y ahora salís con eso? Volved en vos, señor Lúcas Moreno, que lo debeis de haber soñado esta noche.— Como ello sea sueño, y no pura verdad, replicó, yo haré la costa del mártes de Carnestolendas en albricias de la vida que no sé si tengo.— Aceptamos la fiesta, respondieron todos; y para que os acabeis de desengañar, vestíos y vamos á oír misa á la parroquia; veréis lo que puede en vos la imaginacion vehemente.» Hízolo así el incrédulo finado, y le sucedió lo mismo con los clérigos que vió el dia pasado tratar de su entierro que con los demas amigos.

Riéronse y diéronle picones, que por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron, despues de haber cumplido con el convite, á que se ausentase de Madrid á negocios del ginovés por quince dias, dando en ellos lugar al olvido, que en la corte sepulta brevemente todos los sucesos, por peregrinos que sean, dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla no diesen el misterio della á su marido, sino que le persuadiesen á que fué sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa della.

Entre tanto que nuestro cajero experimentaba ausente que estaba vivo, y se moria la fama de su entierro en sueños, no se descui-

dó la mujer del pintor de ejecutar la burla que tenía imaginada, envidiosa de la buena salida que habia tenido la de su competidora; para lo cual concertándose con un hermano suyo, amigo de entretenerse á costa ajena, le envió el juéves siguiente á la plaza de la Cebada á que comprase una puerta de las muchas que tales dias traen á vender allí, que fuese á medida de la que en su casa salia á la calle y por vieja pedia la jubilasen. Trújola con todo secreto de noche, y escondida donde el pintor no pudiese verla, avisó al burlon hermano de lo que habia de hacer, y le encerró con otros dos amigos en el sótano. Vino dos horas despues su marido, quedándose en el monasterio donde pintaba los aprendices que tenía, moliendo colores, porque se habia de acabar el retablo para la Pascua, y era necesario darse priesa. Recibióle Mari-Perez (que así se llamaba la codiciosa pintora) con todo cariño y amor. Acostáronse temprano, porque le importaba madrugar, y durmieron hasta la media noche, digo, el descuidado marido, que ella mal pudiera dormir, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas; y llegada aquella hora, comenzó la engañosa casada á dar grandes voces y quejarse á gritos, y revolcándose en la cama, decia: «¡ Jesus, que me muero! Mi hora es llegada, marido mio: ¡ay! ¡ay! Tráiganme confesion presto, presto, que me muero»; y otros extremos semejantes, que saben muy bien hacer las mujeres en antojándoseles. Despertó el marido, y compasivo la preguntaba qué tenía, respon-

diendo : « ¡ Jesus ! ¡ Madre de Dios ! ¡ Ay ! ¡ ay !
¡ Que perezco ! ¡ Confesion , sacramentos , que
me muero , esposo mio ! »

Levantóse á las voces una sobrina que tenía en casa á suplir los ministerios de una criada , y era tambien partícipe en el engaño , la cual , llorando de verla así , aplicándola paños calientes al vientre , dándola tostadas en vino y canela , y haciendo otros remedios semejantes , sin que el dolor cesase , porque la enferma no queria , hubo de obligar al desvelado Morales (que éste era el nombre del pintor) á que se levantase harto contra su voluntad , coligiendo de la complexion que en su mujer conocia , y afirmándolo ella y la sobrina , que aquel accidente era de mal de madre , ocasionado de una ensalada que habia cenado , cuyo vinagre recio y una rebanada de queso otras veces la habian puesto en el último peligro de la vida . Riñóla de que no escarmentase de tales excesos ; y ella le dijo medio ahogada : « No es hora , Morales , ahora de reprender lo que no se puede remediar ; vayan á llamar la comadre Castejona , que sabe mi complexion , y ella me aplicará con qué se me alivie este mal rabioso , ó si no , ábranme la sepultura . » « Mujer , respondió el afligido esposo , la Castejona se ha mudado á la puerta de Fuencarral , éste es el Lavapiés , la noche es de invierno , y si no mienten las goteras , ó llueve ó nieva , y aunque yo vaya con todas estas descomodidades , ¿ cómo sabrémos si querrá levantarse ? La otra vez que os apretó ese achaque me acuerdo que se os quitó con dos onzas

de triaca de esmeralda caliente en la cáscara de media naranja, y puesta en la boca del estómago; yo iré á la botica por ella: por amor de Dios sosegáos y no me consintais hacer tan larga diligencia, pues será en balde, y yo tengo de volver con otro mal de madre peor que el vuestro.

Comenzóse á quejar entónces más recio y á decir: «Bendito sea Dios, que tan buen compañero me dió: ¡miren qué imposibles le pido! ¡Qué sangre de sus venas! ¡Qué desperdicio de su hacienda, sino que me llame á una comadre á costa de mojarse un par de zapatos! Ya yo sé que deseais vos renovar matrimonio, y que á cada grito que yo doy, dais vos una cabriola en el corazon; por eso excusais las diligencias de mi alivio. Volved á acostaros, sosegad y dormid; que si me muriere, declarado dejaré que me echásteis soliman en la ensalada de anoche.» «Mujer, mujer, respondió él, ménos libertades; porque aunque tengas mal de madre, podrá ser que con un palo os trasiegue el dolor desde las tripas á las espaldas.» «¿Palos á mi señora tia? dijo la sobrina taimada; malos años para vuesa merced y para quien no le sacára primero los ojos con estas uñas.»

Iba el pintor á sacudirle no sé cuantos pretinazos á la moza, que ella los huyó; mas la mujer con mayores gritos volvió á pedirle confesion, comadre y sacramentos. «¡Ay! decia, ¡ay que me han dado rejalgar! ¡Jesus! No, no es este mal de madre, sino de marido!»

Temió alguna burla más pesada que la que

sin saberlo él habian comenzado, y que si se moria dejando fama de que él era el causante, era echar la sogá tras el caldero ; y hubo de apaciguarla con caricias, y encendiendo una linterna bien necesaria para la oscuridad y lodos, poniéndose unas botas, capa aguadera y la capilla sobre el sombrero, salió en busca de la Castejona, registrándole las goteras que llovan á cántaros.

Sabía el buen Morales que se habia pasado la dicha comadre á la calle de Fuencarral, pero no á qué parte della ; y lloviendo, como os he dicho, sin hallar persona en la larga distancia que hay desde Lavapiés á aquel barrio ; la noche como boca de lobo, y él renegando de su matrimonio ; juzgad vosotros ahora si se tardaria muy buen espacio de tiempo en hallar lo que buscaba y no habia menester ; que entre tanto que él se va echando en remojo, volveré yo á la fingida enferma ; la cual, en viendo fuera de casa á su buscon marido, llamó al hermano, que estaba escondido en la cueva con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle, y pusieron la nueva, que ya tenía su cerradura y aldaba y se habia ajustado á los quicios, de suerte, que sin ruido se asentó como de molde. Encima della, en el frontispicio, clavaron una tabla mediana que decia : *Casa de posadas*.

Hecho esto, trujo una caterva de amigos que vivian cerca de allí, con sus mujeres, dos mastines gruñidores, guitarras y castañetas, y de casa de un figon cena y gira, acomodada con el tiempo, celebrando con bailes y borra-

cheras el naufragio del pobre busca-comadres, que sin hallar la Castejona, no hizo más que importunar aldabas y despertar vecinos.

Con el agua á media pierna y la poca paciencia al gollete llegó nuestro pintor á su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bailes y grita que dentro habia, pensando que la habia errado, levantó la linterna, y reconociéndola, vió la puerta nueva y la tablilla de posadas sobre ella, que le desatinó sobremanera. Volvió á examinar la calle, y halló que era la de Lavapiés. Recorrió las casas de los lados y de enfrente, y halló las propias que siempre. Volvió á la suya, y desconocióla, y tambien el titulo della. «¡Válgame Dios! dice haciéndose cruces, hora y media há que salí de mi casa, donde estaba mi mujer más para llantos que para bailes; en ella sólo vivimos los dos y su sobrina; las puertas, aunque menesterosas de reformation, eran las mismas cuando salí que los otros dias; casas de posadas en esta calle no las vi en mi vida; y cuando las hubiera, ¿quién puede de noche y en tan breve tiempo haberle dado á la mia este ventero privilegio? Decir que lo sueño no es posible, que tengo los ojos abiertos y los oidos examinadores deste encantamiento; echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme á la restitution de su honra. Pues ¿qué puede ser esto?» Tornó á tentar y ver y oír puertas, tablilla y bailes, sin saber á qué atribuir tan repentina trasformacion; y asiendo de la aldaba, dió golpes con ella bastantes á despertar los vecinos, que no oyeron ó no quisieron oír los

bailadores huéspedes. Asegundó aldabadas mayores; y despues de haberle tenido á curar como lienzo de Galicia un buen rato á las goteras, abrió un mozo la ventana de arriba con un candil encendido en la mano y un tocador en la cabeza entre sucio y roto, diciendolo:—No hay posada, hermano; vaya con Dios, y ménos golpes, que le coronará por necio un orinal de seis días.—Yo no busco posada que no sea mia, dijo el pintor, sino que me dejen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandon en ella quién en hora y media la ha dado el nuevo oficio de hostería, habiéndole costado su dinero á Diego de Morales.—De Parras debia de ser, respondió el mozo, el que os gobierna la lengua: hermano mio, para quien tan aforrado viene, poco daño le hará el agua de las goteras: váyase noramala, y no me toque otra vez á la puerta, que le echaré un mastin que le abra media docena de botanas.

Cerró con esto de golpe la ventana, prosiguió dentro la gira y el bureo, y el pobre pintor, dándose á los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacia estos trampantojos. Menudeaba el cielo cántaros de agua y nieve á vueltas de un cierzo que le desembarazaba el cerebro: la vela de la linterna se habia acabado, y con ella la paciencia de su portador; y así, volviendo á dar mayores golpes á la aldaba, oyó que respondia dentro uno: «Mozo, daca un palo, suelta esos mastines, sal allá fuera y hazle á ese borracho una fricacion de espaldas con que se le desembarace la cabeza.

Abrióse la puerta entónces y salieron dos perros, que á no detenerlos el mozo y cerrar tras sí, hicieran que llorára el confuso pintor la burla de véras.— Hombre del diablo, dijo el ministro, ¿qué nos quereis aquí con tantos golpes? ¿No os han dicho que no hay posada?— Hermano, ésta es la mia, respondió él; ¿quién diablos la ha convertido en meson, siendo ella desde mis padres acá de Diego de Morales?— ¿Qué decís, hermano? replicó, ¿qué Morales ó azufaixas son esos?— Yo lo soy, dijo, por la gracia de Dios, pintor conocido en esta córte, estimado en este barrio y habitador desta casa más há de veinte años. Llamad á mi mujer Mari-Perez, si no es que tambien se ha transformado en mesonera, y sacaráme deste laberinto.— ¿Cómo puede ser eso, prosiguió el mozo, si há más de seis años que ésta es hospedería de las más conocidas de cuantos forasteros vienen á Madrid, su dueño Pedro Carrasco, su mujer Mari-Molino, y yo soy su criado? Andad con Dios; que á no teneros lástima, yo os curára por el ensalmo deste garrote la enfermedad vinosa que os deslumbra.

Volvió á cerrar la puerta, entrándose dentro; y el expelido amo de su casa, atarantado, sin saber qué se decir ni hacer, á escuras y atrancando lodos se fué á la del celoso Santillana. Llamó á ella, y haciéndole levantar casi á las cuatro de la mañana, encendió luz, creyendo le habia sucedido algun desastre ó pendencia. Preguntóselo: él, informado de lo que pasaba, hizo levantar á su mujer; y aunque ella sabía el fin á que

tiraba la burla, la hizo en compañía de su marido del aguado pintor, atribuyéndolo á los hechizos y tropelías que Yépes y San Martín (de quien no era poco devoto) suele hacer en tales noches y tiempos. Encendieron lumbre, en que se calentó; pusieron á enjugar su ropa, limpiáronle las botas, y dándole matraca sobre el fieltro, que resistió mejor el agua que sus figas, le acostaron en una cama que le hicieron, porfiando él en acreditar lo que habia visto, y ellos en afirmar que venía, como suelen decir, calamocano.

Luégo, pues, que la buena Mari-Perez supo por sus espías que se habia ausentado su enlodado esposo, asentó la primera puerta con ayuda de sus convidados como estaba de ántes, quitó la tablilla, y haciendo que se llevasen lo uno y otro consigo, los despidió á todos, conjurándolos guardasen secreto; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron, cansados los piés de bailes, las manos de castañetas, los estómagos de comer y las bocas de reir, durmiendo á satisfaccion de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió nuestro pintor medio enjuto en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales, oyéndole afirmar lo mismo por la mañana que por la noche, deseaba ver esta nueva maravilla.

Llegaron, en fin, á vista de la casa encantada, y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo á dar cordelejo de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo tambien á desbauti-

zarse, jurando y perjurando que era verdad cuanto le habia referido, y alguna arte del demonio aquella con que pretendia se desesperase.

Llamaron y salió á medio vestir la sobrina, abriendo la embustera puerta, y en viendo á su casi padraastro, le dijo: ¿Con qué cara viene vuesa merced, señor tío, á ver á su mujer? ¿Ni qué cuenta dará de sí quien, dejándola casi á la muerte á las doce de la noche, y enviándole por una comadre, viene á las ocho de la mañana sin ella y con esa flema? —Si tú supieras, Brígida, respondió él, en lo que por tu tia me he visto esta noche, más lástima tuvieras de mí que quejas. Mañana nos hemos de mudar desta casa, que andan en ella enjambres de demonios.

Oyóle en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onza de la cama, en solo manteo salió dando gritos y diciendo: ¡Oh qué solícito marido de la salud de su mujer! Para frio de cuartanas valeis lo que pesais, Morales mio, que no volveréis en toda la vida. ¿Hizoos mal el sereno de anoche? ¿Venís acatarrado? ¡Qué enjuto que os dejó la tempestad pasada! Cerca vivia la piadosa Marta que os hospedó: bien creisteis vos hallarme muerta cuando volviédes con la Castejona, y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada; pero malos años para vos y para quien tal me desea. ¿A qué viene vuesa merced con ese perdido, señor Santillana? Si es á disculparle conmigo, no tiene para qué, que por el siglo de mi madre que he de irme luégo al vicario y pedir di-

vorcio : no quiero aguardar otra ensalada cuya sal maliciosa ponga á pique mi vida : dame de vestir, Brígida, toma tu manto, huye deste buscacomadres. — Sosiéguese vuesa-merced, señora Mari-Perez, dijo el amigo, que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera que por malos medios quiere hacerlos mal casados.— Mujer, acudió el afligido pintor, puesto que os parezca tenéis razon en quejaros de mí, escuchad las mias y hablad ménos libre, que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenía en los embelecocos desta noche.

Contóle en esto todo lo que ella mejor se sabía ; con que fingiendo alborotos nuevos, volvió á decir : ¿A mí con papeles ? ¿No ven vuestas mercedes que soy cabos negros y boquiancha ? ¿Hay más lindas papandujas que las que me venden ? ¿Casa de posadas la mia ? ¿Mastines y bureo, bailes y fiestas aquí anoche ? Aun si dijeran quejas, maldiciones, suspiros y males, acertáran : no lo hubiera hecho mejor conmigo media azumbre del santo y dos mostachones acompañados de seis bizcochos, que desterraron el mal de madre, que mi cuidadoso marido, que ya mascára tierra la pobre de su mujer.

—Hágaos muy buen provecho, esposa mia, respondió él, y no permitais que me éntre en malo á mí, dándome tras de una noche penosa un dia tan pendenciero. Juro á todo lo que se puede jurar que cuanto os he contado me sucedió. En esta casa debe de haber duendes : con venderla ó alquilarla pasándonos á otra, se remediará todo.—¿Y cómo

que hay duendes, señor tío? acudió la taimada Brígida; las más noches me pellizcan y dan de azotes, aunque blandos, y se rien á carcajadas.—¿Pues cómo nunca me lo has dicho? dijo la disimulada tia. Porque no imaginasen vuesasmércedes, respondió, que era otra persona, en descrédito de mi opinion y casa de mis señores tios.—Alto; eso debe ser, sin duda, dijo Santillana: no hay sino perdonarse unos á otros, y entrar con buen pié en la cuaresma, que es mañana.» Hízose así, quedando en ojeriza con los duendes el encantado pintor, y su mujer con esperanza de que premiase su burla el diamante pretendido.

No desmayó la bella mal maridada por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositoras; ántes de un camino satisfizo dos necesidades: el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su celoso compañero, que la dispuso así.

Acababa de llegar á Madrid un religioso hermano suyo por prelado de uno de los monasterios que fuera de la córte con la recoleccion de su vida apuntalan lo que los vicios tienen á pique de arruinar. No sabía su venida el celoso Santillana; y su mujer, cuando ausente, por cartas, y ahora presente por papeles y una visita que él la hizo, se le habia quejado de la mala vida que sus impertinentes sospechas la daban, y dicho que si no fuera por su respeto y lo que menoscababa la opinion de las mujeres el poner pleitos á sus maridos y pedir divorcios, se hubiera apartado dél por el vicario. Es-

taba informado el prudente religioso de los vecinos y de los amigos del mal acondicionado viejo, de la razon que tenía su hermana de aborrecerle y vivir desconsolada; deseando hallar un medio con que alumbrarle el entendimiento, y sin romper con el yugo conyugal, persuadirle cuánta satisfaccion era justo tuviese de su esposa, y que celos sin ocasion no suelen servir sino de despertar á quien duerme; pero por más que estudió sobre ello, nunca atinó traza suficiente que venciese la pertinaz malicia, que, ya vuelta en costumbre, era casi imposible de desarraigar su sospechosa vejez.

Hábíale escrito que mirase ella qué medio le parecia el más á propósito para que, sin llegar á dar cuenta de sus quebrantos á tribunales causídicos, ella estuviese viviendo descansada y su marido con sosiego; que por difícil que fuese el medio que discurriese, él pondria toda la diligencia imaginable en su ejecucion. Ahora, pues, que halló ocasion para ejecutarle en estas promesas, curar al viejo Santillana, y de camino llevarse el diamante, una mañana que él se fué á oír misa y sermon, por ser principio de cuaresma, envió á llamar al bien intencionado fraile; y despues de haberse consolado con él llorándole sus martirios y pesadumbres, le dijo que no hallaba otra traza más á propósito para sacarle de su pestilencial y desafortada cabeza el infernal veneno de sus celos, sino era uno que le propuso y despues sabrés.

Refirióselo con toda la elocuencia que dió

el artificio persuasivo á las mujeres, con lágrimas, suspiros y encarecimientos, concluyendo en que si no le ejecutaba, sería imposible no acabar ó con sus trabajos descasándose, ó con su vida rematándola felizmente en una viga de su casa por medio de un cordel.

El remedio que la mal casada representó al santo varon tenía una infinidad de inconvenientes; pero, en fin, atropelló con todos el amor de hermano, la piedad de religioso y el deseo de impedir alguna desesperacion, que fuera ciertamente creible segun la mucha angustia y sentimiento que nuestra Hipólita (que éste era su nombre) mostraba. Prometiéndola llevar al cabo lo que le pedia; señalaron el dia, despidióse, llegó á su convento, y propuso el caso á sus súbditos: queríanle mucho, y conociendo el daño que se quitaba y el provecho que se esperaba de que el caso se efectuase para la quietud de los dos casados, le ofrecieron hacer cuanto les mandase, y le animaron á concluirle.

Alentado con esto, envió para el plazo concertado dos onzas de unos polvos eficacísimos para dormir, quien los bebiese, cuatro ó cinco horas con tanta enajenacion de los sentidos, que sólo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia con que aquellos restituian el alma á sus vitales ejercicios. Recibiólos contenta la astuta Hipólita, sentándose á cenar con su marido y mezclándolos con el vino, apetitoso á sus años: entre bocado y bocado la daba una reprobacion, y entre trago y trago bebia su sueño. Al úl-

timo, en fin, sin aguardar á que se levantasen los manteles, cayó como piedra en pozo, siendo tan eficaz la polvareda boticaria, que á no estar sobre el caso la aplicante y la moza, creyeran (y no les pesára) que habia Santillana desembarazado con la muerte el matrimonio.

Desnudáronle, y echándole en la cama, aguardaron que viniese por él el religioso hermano, que no tardó mucho, pues á las nueve (suficiente hora y quietud para aquel tiempo frio y de invierno) con dos legos y un coche se apearon á su puerta, y entrando dentro, mandó á uno de sus compañeros que venía prevenido de tijeras y navaja, que le quitase toda la barba y le abriese con brevedad una corona de fraile. No se mostró Perezoso el obediente barbero, pues sin bañarle nada el rostro ni la cabeza, porque la frialdad del agua no aguase ni desvaneciese la eficacísima virtud de los polvos, en breve tiempo le convirtió, siendo montañés, en Recaredo cenobita.

Era cerrado de cabellos como de mollera; y así, salió la corona con toda perfeccion venerable, autorizándola las canas, que se entretejian todo lo posible, y despachada la barba, no pudo dejar de causarle risa á su mujer, viendo vuelto á su marido de viejo en vieja. Vistiéronle un hábito como el de su hermano, sin sentirlo él más que si esto aconteciera con el conde Partinoples; y metiéndole en el coche, encargó el prelado é Hipólita encomendase á Dios el próspero fin de aquel buen principio. Llegó con él á su

monasterio, y desembarazando una celda, le desnudaron, acostándole en una cama penitente, dejándole los hábitos en una silla, y un candil encendido: juntaron la puerta y se fueron á dormir.

Dos horas habia que duraba el éxtasis del ignorante novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez, que era el término puesto á la virtud de los polvos con jurisdiccion de solas cuatro horas; y habiéndola comenzado á las ocho, síguese que á las doce feneceria su operacion.

Tocaron á maitines, como se acostumbra en todos los monasterios, á media noche, y tras la campana las matracas, con las cuales despiertan á los que han de levantarse, que es un instrumento cuadrado de tablas huecas llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruesos y meneándolas apriesa, hace un són desapacible para los que despiertan y le conocen, y espantoso para los que coge desapercibidos y bisoños en tan gruñidora música. Así le sucedió al nuevo padre Santillana, pues despertando despavorido y creyendo que estaba al lado de su mujer y en su casa, con un grito tremendísimo dijo: «¡Jesus! ¿Qué es esto, Hipólita? ¿Se cae la casa? ¿Hay tormenta de truenos, ó vienen por mí los diablos?» Como no le respondió, atentó á los lados buscando á su mujer, y no hallándola, lleno de malicias é imaginando que estaba haciéndole fayancas y con el ruido pasado querian echarle el aposento á cuestras, se levantó furioso, diciendo á voces: «¿Dónde estás,

adúltera? Mala hembra, no dirás tú ahora que son vanas ilusiones y vejezes las mias. ¿A media noche fuera de mi casa y aposento, recibiendo por el techo el adúltero? Más leales que tú son para mí las tejas, pues cayéndose me han despertado. Daca, daca mis vestidos; muchacha, venga la espada; que yo, yo lavaré mi afrenta en sangre destos infames traidores, quedando vengado.»

Esto y buscar los vestidos, hallando en vez de ellos los hábitos de fraile, fué todo uno. La novedad de la celda, ó sin saber cómo ó quién le habia traído á ella, le tuvo como cada cual podrá juzgar por sí: ni sabía si diese voces ni si era arte aquella de encantamiento, si dormia ó velaba. Fué á abrir la puerta, y estaba sobre ella una calavera, que cayendo sobre la suya los dos huesos de las canillas, le resfriaron la cólera de los celos con la flema del miedo que le causó verse acometido de *requiem*. Juzgándolo á mal pronóstico, tomó el candil para registrar á qué calle ó campo caía aquel aposento encantado, ó en qué parte estaba, y vió un tan largo dormitorio, que le cansó la vista, todo lleno de celdas, con una lámpara en medio. «¡Válgame Dios! ¡Qué es esto?» dijo, y volvióse á entrar temblando. «¿No me dormí yo en acabando de cenar anoche en mi casa? ¿Quién, pues, me trajo aquí ahora, trocando mis vestidos en hábitos? ¡Si estoy en el hospital! Que ésta más parece enfermería que habitacion política. ¡Si mis celos me han vuelto loco, y para curarme me han traído al Nuncio de Toledo! Que la

estrechez deste aposento más parece una jaula que hospedería. No sé lo que imagine, aunque esto último bien puede ser, pues si mal no me acuerdo, ya andaba mi seso dando zancadillas de puro imaginativo sobre la conservacion de mi honra; y no será mucho que haya algunos dos ó tres años que me estén curando en este hospital, y ahora vuelto en mi juicio, me parezca que fué anoche cuando estuve quieto y seguro en mi casa y con mi mujer. Si fuera esto como imagino, pues que á navaja quitan los cabellos y barbas á los locos y á los galeotes, la mia me sacára deste temor.» Echó mano á la suya, y hallóla hecha tiple, habiéndola él criado con trabajo. Tentóse la cabeza, y hallóse coronado por rey de los celosos maridos. Lloró su juicio rematado, teniéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse dél, como suele hacerse con los de su profesion, le habian afeitado y puesto la cabeza de aquella suerte. Con todo eso, se consolaba, pareciéndole que pues echaba de ver entónces el estado en que estaba, habia ya vuelto en su juicio, y segun esto, saldria muy presto de aquel colegio desacreditado. Es verdad que le desatinaban los hábitos, que le disuadian aquestas imaginaciones, porque los locos que él habia visto en Toledo andaban vestidos de ropas burieladas, pero no de hábitos religiosos.

Entre estas confusiones ridículas estaba en su celda desnudo, sin haberle acordado que se vistiese el frio, ni saber él por dónde ó cómo acomodar la diversidad de pliegues

y confusion del hábito, que en su vida se habia puesto, cuando entrando el compañero que daba luz á los demas frailes, dijo: «¿Cómo no se viste, padre Rebolledo, si ha de ir á maitines?—Dígame, hermano mío, ¿quién es aquí Rebolledo? ¿qué maitines ó vísperas son éstas que me desatinan? respondió el casado fraile. Si sois loco, como yo lo he sido, y es ese el tema de vuestra enfermedad, ya yo estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oír disparates: dedíme dónde hallaré al Rector, y dejad de rebollearme.—Con buen humor se levanta, padre Rebolledo, dijo el religioso; vístase, que hace frio, y mire que voy á tocar segundo, y que es mal acondicionado el Superior.» Fué con esto, dejándole metido en mayores confusiones.

«¿Yo Rebolledo? decia. Yo fraile y maitines, no habiendo seis horas que al lado de mi Hipólita trataba más en pedirla celos que en entonar salmos? ¿Qué es esto, ánimas benditas del purgatorio? Si duermo, quitadme esta penosa pesadilla; y si estoy despierto, reveladme este misterio ó restituidme el juicio que sin duda he perdido.»

Pasmado se estaba, sin acertar á vestirse, obligándole el frio á rebozarse con las frazadas de la cama, cuando vino otro fraile y le dijo: «Padre Rebolledo, el vicario de coro dice que por qué no va á maitines; que son cantados, y vuesa reverencia es semanero.—¡Válgame la córte celestial! ¿Yo soy fraile? replicó el pobrete. ¿Yo reverencia y padre Rebolledo? ¿Ya yo no soy Santillana? Díga-

me, religioso, si es que lo es, ó hermano loco, si, como imagino, estamos en algun hospital dellos, ¿quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo ó por qué me han quitado mi casa, mi mujer, mis vestidos y mis barbas? ¿O qué Urganda la Desconocida ó Artus el Encantador anda por aquí y ha rematado con mi seso?—Buena está la flema y disparate, respondió el corista, para la priesa con que vengo á llamarle. Delantero debió de cargar anoche en el refectorio, padre Rebolledo, pues aún no se han despedido los arrobos de Baco: vístase, y si no acierta, yo le vestiré. Echóle entónces el hábito encima, y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algun espíritu malo que queria ahogarle, comenzó á dar gritos: «Arredro vayas, Satanas; déjame aquí, ángel maldito; ¡ánimas del purgatorio, Santa Margarita, San Bartolomé, San Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y favor, que me ahoga este diablo capilludo!» Y escabulléndosele de las manos, rota la capilla y arañado el fraile, echó á correr por el dormitorio adelante sin detenerse en nada.

Atentos y escondidos habian estado oyendo la escarapela ridícula el prelado y súbditos, reventando la risa por romper los límites de la disimulacion y silencio que este caso requería; pero saliendo juntos con las velas encendidas que habian prevenido para el coro, le dijo severo el disimulado Superior: «Padre Rebolledo, ¿qué escándalo y desenvoltura es ésta? ¿Al fraile que yo envío para que le llame al coro trata desa suerte?

¿Las manos pone en un ordenado de grados y corona, y á la culpa de no venir en fiesta doble á hacer su oficio añade el descomulgarse? Aparéjese luégo; que con un *Misere-re mei* se le aplacarán esos bríos.— ¿Qué es aparejar? respondió el colérico montañés; ¿soy yo bestia? Ya estoy por defenderme de vuestras ilusiones, espíritus condenados. Cata la cruz, no teneis parte en mí, que soy cristiano viejo de la montaña, bautizado y con crisma: *Fugite, partes adversæ.*»

Estos y otros desatinos comenzó á ensartar, con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca; pero haciéndole agarrar á dos donados, y diciéndoles el prelado: «Este fraile está loco, más la pena le hará cuerdo»; le asentaron en las espaldas de par en par una colacion de canelones, que pagó con más cardenales que tiene Roma. Daba gritos que los ponía en el cielo, diciendo: «Señores, ó frailes, ó diablos, ó lo que sois, ¿qué os ha hecho el pobre Santillana para tratarle con tanta riguridad? Si sois hombres, doléos de otro de vuestra especie, que jamas hizo mal á una mosca, ni tiene de qué acusarse, sino de la mala vida que sus celos han dado á su mujer; si sois religiosos, baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa; si sois demonios, decidme, ¿por qué pecados os permite Dios que me desolleis desta suerte?» Menudeaba el padre disciplinante azotazos en esto, diciendo: «¿Todavía da en su tema? Pues veamos quien se cansa.—Ya lo estoy, padre de mi alma, respondió el peniten-

te por fuerza ; por la sangre de Jesucristo que tenga lástima de mí. — ¿Pues se enmendará de aquí adelante? — Sí, padre mio, yo me enmendaré, aunque no sé de qué. — ¿Cómo que no sabe de qué? replicó el cascante ; miren qué gentil modo de conocer su culpa : áun no está como ha de estar ; aguarde un poco, y diciendo esto le taraceaba las espaldas.

«Padre de mi corazon, dijo entónces echándose en el suelo, confieso que yo soy el hombre más malo que pisa la tierra ; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma ; que yo me enmendaré. — ¿Sabe, le replicó, que es fraile, y que en los que lo son las culpas veniales son de más escándalo que las mortales del seglar? — Sí, padre, fraile soy, aunque indigno. — ¿Sabe la regla que profesa?» le decia ; y él proseguia tambien en responderle y decir: — Sí, padre, sí, padre, sí, padre. — ¿Qué regla es ? le dijo. Y respondió : — Cualquiera, la que quisiere vuesa paternidad ; no se detenga en eso, que será la que fuere servido ; déjeme, y no repare en reglas, aunque entre en la del gran Sofi. — ¿Será, le decia, desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, padre Rebolledo? — Seré Rebolledo, respondia, y todo lo que quisieren. — Pues bese, le dijo, bese los piés á ese religioso maltratado por él, y pídale vénia. » Besóle los piés, y dijo, llorando más de dolor que de arrepentimiento: — Padre mio, pídale brevas, ó lo que es esto que me mandan le pida.

Soltaron la risa todos entónces, que no pudieron sufrirla. El prelado los reprendió, diciendo : « ¿ De qué se ríen, padres, habiendo

de llorar la pérdida del juicio de un fraile, el mejor que teníamos, y que ha servido quince años en este monasterio con la mayor puntualidad que ha visto la religion?—¿Quince años yo? decia entre sí el pobre Santillana, ¿quince años yo en aqueste convento? ¿Hay encantamiento semejante en cuantos libros de caballería desvanecen mocedades? Alto, pues; que supuesto que tantos lo dicen, verdad debe de ser, aunque yo no sé el cómo; porque á no ser así, ¿qué les importaba á estos benditos el maltratarme y afirmarlo?—Véngase al coro con nosotros, le dijo el cuñado, que no conocia; y obedecióle el celoso por su daño. Comenzaron los maitines, y le mandó el prelado que entonase enmedio la primer antífona. Sabía él de música lo que de vainicas; pero no osando replicar, temeroso de otra tunda, la cantó regañando, de suerte que, prosiguiendo la risa de todo el coro, y no pudiéndola disimular el Superior le mandó llevar al cepo, donde le tuvo tres dias tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo el seso. Al cabo dellos le sacaron, y mandó el prelado fuese con un compañero á pedir el pan de la limosna que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra, como una oveja cumplió la obediencia. Llevóle de industria el que le acompañaba á la calle donde vivia su mujer; y reconociendo la casa, alentado y con nuevo espíritu, dijo entre sí: Aquí de Dios, ¿ésta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido á mí en frai-

lías que no apetecí en mi vida? Matrimonio me llamo.

Entróse con esto en el portal, y hallando á su mujer allí, abrazándose con ella, comenzó á decir: «Esposa de mis ojos, castigo del cielo fué el mio por la mala vida que te he dado: fraile me han hecho sin saber cómo ó por qué; pero desde hoy más buscarán talegueros; que yo matrimonio me llamo.—¿Qué descompostura es ésta? dijo á voces la mal casada. Aquí de la vecindad; que este loco atrevido ofende mi honra.» Acudió el compañero y parte de los vecinos, que le desconocieron (por faltarle la longitud de la barba, y estar en tan desusado traje, y tan macilento con las penitencias pasadas, que pudiera vender flaqueza á los padres del yermo), y le apartaron á empellones, diciéndole oprobios satíricos. «Déjenle vuestras mercedes, acudió el compañero, y no se espanten de lo que hace, que ha estado seis meses loco, y su tema principal es decir á cualquiera mujer que ve, que es su esposa; hemosle tenido en una cadena, y habiendo más há de dos meses que mostraba tener salud, á falta de frailes, que han ido á predicar por las aldeas esta cuaresma, me mandaron le trujese conmigo á pedir hoy la limosna, bien contra mi voluntad.» Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia; que cuanto más gritaba afirmando era el marido de Hipólita, más la acreditaba.

Lleváronle medio loco de véras y en són de atado á su convento: volviéronle á disciplinar y meter en el cepo, donde despues que

purgó más de otro mes los malos dias que habia dado á su mujer, al cabo dellos y á la media noche le despertó una voz que decia en tono triste :

Hipólita está inocente
De tus maliciosos celos.
Y así te han hecho los cielos
De ese cepo penitente :
Por necio é impertinente
En tí su venganza funda
El que te ha dado esta tunda ;
Por eso , si sales fuera ,
Escarmienta en la primera ,
Y no aguardes la segunda.

Repitió esto tres veces la fúnebre voz, y él, puestas las manos, llorando amargamente, con la mayor devocion que pudo, respondió: «Oráculo divino ó humano, quien quiera que seas, sácame de aquí, que yo prometo verdaderamente la enmienda en un todo.»

Diéronle despues de esto de cenar, y la bebida fué de vino, que no lo habia probado desde el primer dia de su trasformacion; que fué una penitencia para él más cruda, más cruel y más áspera que todas las demas. Bebiólo, y con él dos veces más cantidad de los mismos polvos que primero. Durmióse como ántes; y como ya le habia crecido el cabello y barba suficientemente, le afeitaron, dejándole lo uno y lo otro en la disposicion antigua, y llevándole á su casa en otro coche, se despidió el religioso, médico de los celos, de su hermana, dándole esperanzas de que cuando despertase hallaria sano á su marido y enmendado. Púsole los vestidos seglares so-

bre un arca cerca de su cabecera, y acostóse á su lado. Acabó el sueño junto con la operación de los polvos, al amanecer, por haberlos él tomado á las diez de la noche. Despertó, en fin, y creyendo hallarse en el cepo, vió que estaba en la cama y á oscuras. No lo acababa de creer. Tentó si eran colchones ó madera, y topando á su mujer á su lado, imaginó que era algun espíritu maligno que proseguia en tentarle, y comenzó á dar voces descompasadas y á ensartar letanías.

Estaba velando Hipólita, aunque parecia que dormia, aguardando el fin de aquel suceso, y fingiendo que despertaba, dijo: ¿Qué es esto, marido mio? ¿Qué teneis? ¿Háos dado el mal de ijada como suele?— ¿Quién eres tú, que me lo preguntas? dijo el ya sano celoso todo despavorido; qué yo no tengo mal de ijada; que el mal que tengo es de frai-lia.— ¿Quién ha de ser la que duerme con vos, respondió, sino vuestra mujer Hipólita?— ¡Jesus sea conmigo! replicó él. ¿Cómo entraste en el convento, mujer de mi vida? ¿No ves que estás excomulgada, y que si lo sabe nuestro mayoral ó superior te acanelonará las espaldas, dejándotelas como ruedas de salmon?— ¿Qué convento ó qué chanzas son esas, Santillana? respondió ella; ¿dormís todavía, ó qué locura es ésta? — ¿Luégo no soy fraile yo de quince años há, preguntó él, y el entonador de antífonas?— Yo no sé lo que os decís con esos latines, replicó ella: levantaos, que es mediodia, si habeis de traer qué comamos.

Más asombrado que nunca, se tentó la bar

ba, y hallóla cumplida y la cabeza descornada: mandó abrir la ventana, y se vió en su cama y aposento, los vestidos á su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos: pidió un espejo, y vió otra cara diferente de la que los dias pasados le enseñó el de la sacristía. Hacíase cruces, acabando de creer el oráculo coplista. Preguntábale disimulada su mujer que de dónde procedían aquellos espantos. Contóselo todo, concluyendo en que debía haberlo soñado aquella noche, y Dios le debía de mandar se enmendase y tuviese la satisfaccion que era justo de su mujer. Apoyó esta quimera diciendo que habia prometido nueve misas á las ánimas si le alumbraban á su marido el entendimiento; y que si no, habia determinado echarse en el pozo.

«No lo permita el cielo, Hipólita de las Hipólitas», respondió él: pidióla perdon, jurando no creer áun lo que viese por sus mismos ojos de allí adelante; con que dándola libertad para salir de casa, hubo de ir con las otras dos amigas á la del Conde, alegando cada cual su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agraviar á ninguna, les dijo: «El diamante ocasion de sustilizar, señoras, vuestros ingenios, se me habia perdido á mí el dia de su hallazgo: él vale doscientos escudos; cincuenta prometí de añadidura á la vencedora; pero todas merecis la corona de sutiles en el mundo; y así, ya que no puedo premiaros como merecis, doy á ustedes estos trescientos escudos que tengo por los más bien empleados de cuantos me han granjeado amigos, y queda-

ré yo muy satisfecho si os servís desta casa como vuestra.»

Encarecieron todas su liberalidad, y volviéndose más amigas que ántes, hallaron al cajero vuelto ya de su viaje, y en todo olvidada la burla de su fingida muerte y penoso fallecimiento; al pintor que ya había vendido su casa y hecho las escrituras, y aún comprado otra, y otorgados los instrumentos, escrituras y papeles de saneamiento, mudándose de aquel barrio por evitar bellaquerías de duendes; y á Santillana tan satisfecho y enmendado de la importunacion de sus celos, que desde allí adelante veneró á su mujer como á mercedora de oráculos protectores de su buena vida.

FIN.

ÍNDICE.

	<i>Páginas.</i>
La Prudencia en la mujer.	5
Los Tres maridos burlados.	148



1119342